





SOOSMET,
EL HIJO DE LA TUMBA



Álvaro Ramírez

SOOSMET,
EL HIJO DE LA TUMBA



Primera edición: septiembre 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Álvaro Ramírez

ISBN: 978-84-18366-72-7

ISBN digital: 978-84-18366-73-4

Depósito legal: M-21378-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España





SOOSMET

Eran las cinco de la tarde, Dylan pensaba en ir a descansar. Sonó el teléfono. Él ya sabía para que lo necesitaba.

—Comisario, tiene que venir al bosque —no dijo nada y colgó el teléfono.

Lo había llamado el guardia del cementerio. Siempre lo llamaba porque había otra víctima de Soosmet. Él era el monstruo, animal o persona, que estaba atormentando al comisario y a la ciudad. No sabían qué era o quién; nadie que estuviera vivo lo había visto. Soosmet mataba animales y personas sin piedad.

Dylan salió en su auto hasta el cementerio. Las pistas que dejaba Soosmet eran muy confusas como para determinar su identidad. Varias personas lo habían buscado en el cementerio y en el bosque, pero no encontraban nada. Muchos que indagaban por él aparecían muertos. Mucho se especulaba de Soosmet, pero nadie se acercaba a la verdad y menos a su origen.

Dylan entró en el cementerio, ya sabía dónde atacaba Soosmet, cerca del riachuelo. Llegó hasta la víctima. Había varias personas, pero no saludó a nadie. Momentos así lo estresaban, además no tenía la más mínima idea de quién era el asesino.

El comisario se llamaba Dylan, era muy respetado en la ciudad. Tenía cuarenta años. Era alto, flaco, con bigote y tenía pocas canas. Su padre también había sido comisario. Tenía una hermana menor, pero no le agradaba su cuñado, por lo cual los evitaba. Le era imposible ser hipócrita con él. Siempre habían tenido muchos problemas con la familia, pero a su hermana la adoraba.

Dylan era igual que su papá, hacía cumplir las normas. No le tenía miedo a nada. Se había separado de su esposa. La amaba, pero ser comisario era algo más para él, le había dedicado sus mejores años. Para muchos era arrogante y fastidioso, por ser muy serio, pero las personas que lo conocían y trabajaban con él, sabían que era una gran persona. Muchos le tenían miedo al comisario, por su forma de ser. No tenía familia, le agradaba la soledad, pero se preocupaba mucho por todas las personas de la ciudad. Cuando tenían un problema, acudían a él. Siempre estaba dispuesto a ayudar a todos y por eso muchas personas lo querían. Dylan había hecho muchas cosas buenas y significativas por las personas.

Al monstruo que Dylan buscaba, lo llamaban Soosmet, nombre que le pusieron los habitantes de la ciudad por matar y comerse a las personas y a los animales de una forma muy salvaje. El nombre le quedó tan bien que todos lo llamaban así.

Dylan se puso un pañuelo en la boca, el olor que dejaba Soosmet en las víctimas era asqueroso. Nadie podía resistir un olor tan fuerte. Todos los que estaban presentes se tapaban el rostro con las manos.

La víctima era un minero. Las pistas eran las mismas, pero iban cambiando lentamente con el tiempo. Soosmet los mataba dándoles un golpe en la cabeza. La víctima cae al suelo y la termina de matar dándole con el palo en la cabeza, hasta reventar su cráneo. El rostro de la víctima quedaba irreconocible de todos los golpes que recibía.

Los ataques siempre eran en el cementerio o en el bosque, cerca del riachuelo. Poco se sabía de Soosmet, empezó matando ardillas y otros animales en el bosque. Lo más peculiar era que aún seguía matando animales en el bosque y redondeaba su menú con humanos. Al principio se creía que era un animal, pero ¿por qué se come su estómago dejando solo los huesos y el páncreas? Todos pensaban que el páncreas le sabía amargo. Las pistas que dejaba eran huellas, pero eso era lo más raro, las huellas eran de niño y siempre

con lodo. Era como si se mantuviera por debajo del riachuelo y saliera a cazar animales y humanos.

El minero tenía el rostro reventado, al parecer los suministraba con un palo. Esta era su forma habitual de hacerlo.

Dylan tenía una colección de sus armas. En el bosque había encontrado varias de ellas. Un palo con lodo, una escopeta y un palo pequeño. Todos tenían la misma huella, una mano de niño. La escopeta se la había quitado a un cazador y después lo mató con ella.

Nadie sabía qué era, si un animal o una persona, debido a las confusas pistas. Tenía una forma peculiar de acabar con su víctima, ya que al parecer solo se comía el abdomen crudo. Las preguntas que se hacía Dylan eran: ¿qué es Soosmet?, ¿dónde vive? Lo había buscado en el cementerio, en el bosque; en el día y en la noche. Hasta el momento no había encontrado donde vivía ni tampoco había logrado verlo.

Dylan vigilaba el cementerio y el bosque con ayuda de los policías, el bosque solo era frecuentado por los mineros y policías. Los cazadores no volvieron por miedo a ser atacados. Y el único leñador había sido víctima de Soosmet.

El minero estaba en el suelo, boca arriba y con la camisa doblada hasta el cuello. El rostro le sangraba, le había tumbado los dientes, la nariz estaba destrozada y le había reventado el cráneo. Tenía marcas de lodo en el cuerpo y ropa, con todo el estómago comido. Dylan se preguntaba ¿Cómo es que Soosmet hace todo a plena luz del día y sin que nadie lo vea?

Varias personas estuvieron presentes cuando Dylan llegó hasta el lugar de los hechos. No dijo nada, solo le bajó la camisa para que no se viera más el hueco que tenía. La camisa había quedado hundida. A nadie de los presentes le agradaba Dylan y menos desde que Soosmet comenzó a matar personas. Ya no creían en él, este lo sabía. Aunque le dolía que no creyeran en él, no lo demostraba ni parecía importarle. Pero era el que más se preocupaba por la ciudad y sus habitantes.

Llegó el equipo de criminología e hicieron todo el procedimiento. Tomaron fotos y rastrearon las huellas que había dejado Soos-

met. El forense fue el que descubrió que el autor del crimen no era ningún animal, sino una persona, más bien un niño o persona pequeña.

Llevaron el cuerpo hasta la ciudad y, como siempre, no se sabía nada de Soosmet; seguía siendo un interrogante para todos. La ciudad entera estaba aterrada, cada ataque de Soosmet, la dejaba más preocupada.

Dylan se devolvió a la jefatura, era una víctima más, y no tenía ni idea de qué era Soosmet. Dylan se sentía incapaz de acabar con el monstruo. Tenía pesadillas acerca de él y en varias de ellas, este era diferente. No había nada claro sobre él. Si es un animal ¿Cómo coge el palo? y si es un humano ¿Por qué se come el estómago de sus víctimas? Lo que más creían las personas de Soosmet: era un monstruo que nunca se había visto. Algunas personas de la ciudad pensaban que era un fantasma, porque atacaba en el cementerio y en sus alrededores, algo que Dylan no creía. Un fantasma no puede matar de esa manera a alguien y menos comérselo. Creía en algún animal del bosque o en alguna persona de la ciudad, pero ¿quién tan enfermo para matar de esa manera y comerse la carne cruda?

Al día siguiente salió la noticia en el periódico de la ciudad, con el titular «Soosmet ataca de nuevo» y una foto grande del minero. Dylan cogió el periódico y lo leyó. La noticia explicaba cómo Soosmet había matado al minero y lo que había dicho el médico forense sobre la víctima. No habían encontrado ninguna pista nueva en el minero. Dylan ya tenía un mal día; ver el periódico era peor, hablaban muy mal de él. Los periodistas parecían atacar al comisario en todo momento.

Sabía lo que le esperaba, algunas personas de la ciudad querían hablar con él y expresarle su preocupación, pero Dylan no daba respuestas de ningún tipo y en muchas ocasiones no sabía qué responder. Dylan fue a la jefatura. A veces se escondía de las personas para no responder a sus preguntas. Fue a hablar con el médico forense para preguntarle qué pistas nuevas había encontrado.

—Buenos días, Benjamín —dijo Dylan mientras le daba la mano al médico.

—Buenos días, comisario —respondió—. Deme un segundo ya lo atiendo.

Benjamín era la persona que había estado revisando todos los casos de Soosmet. Él tenía sus propias teorías sobre el asunto, pero Dylan era una persona muy cerrada, no creía en muchas cosas y menos que Soosmet era un niño, como decía Benjamín.

Este le entregó al comisario las fotos del minero, especificando las huellas y golpes que le había hecho Soosmet.

—Son las mismas huellas. No hay nada nuevo comisario —dijo Benjamín.

Dylan se mantuvo en silencio. Siguió mirando las fotos.

—¿Qué piensa comisario? —preguntó Benjamín.

Dylan dio un suspiro muy grande

—No veo nada. Todo está igual —exclamó.

—Las fotos de la cabeza nos muestra que sigue siendo el mismo asesino —Benjamín cogió el palo y se lo dio al comisario—, las huellas son las mismas.

Dylan cogió el palo.

—Sí, son las mismas huellas.

—Sí. Yo sigo pensando que Soosmet es una persona muy pequeña —dijo Benjamín.

—Gracias —dijo Dylan mientras le dio la mano.

Dylan ya sabía lo que le quería decir Benjamín: que Soosmet era un niño. Dylan se negaba a la idea de que lo fuera, salió y estaba más molesto que cuando entró. Benjamín también quedó molesto. No sabía por qué Dylan no creía en lo que él decía.

Dylan fue al bosque. Al principio, cuando empezaron a aparecer los ataques y las víctimas, este iba con la ilusión de encontrar a Soosmet, pero ya ni tenía esperanzas de lograrlo. «Soosmet conoce muy bien el bosque, mejor que cualquier persona de la ciudad» —pensó.

El tiempo era perfecto, era abril no hacía frío y las personas salían a disfrutar del maravilloso sol; hasta los árboles del bosque parecían disfrutarlo. Dylan miraba las pistas y los lugares donde

Soosmet atacaba a sus víctimas. Dylan no le tenía miedo a Soosmet, estaba preparado para cualquier ataque.

El bosque era muy extenso, abarcaba un perímetro extenso en el que destacaban varias montañas. Recorrerlo por completo demoraba tres días. Los cazadores acampaban en él, pero desde que Soosmet comenzó a atacar, ya nadie se sentía seguro.

Dylan se sentía frustrado, Soosmet llevaba varios años atacando personas y animales. Algunos de los animales se encontraban muertos por ahí. Muchas personas en la ciudad dudaban de Dylan, excepto sus pocos amigos y los policías.

Todos se preguntaban en la ciudad ¿quién es Soosmet?, ¿qué es?, ¿de dónde salió? Pero nadie lo sabía.

Todo empezó en junio de 1922, cuando Ailann quedó embarazada.

EMBARAZADA

Ailann miraba la fecha, era otro mes que no le llegaba el período menstrual. No sabía lo que le sucedía. No creía que estuviera embarazada, porque había terminado con su novio seis meses atrás, era una relación llena de violencia y celos por parte de él.

Ailann se sintió muy cansada en su trabajo, decidió ir a consultar un doctor, ya la angustia se había apoderado de ella, no era nada normal ni sano que en más de seis meses no le llegara su menstruación. No sabía por qué se sentía tan débil y cansada y tenía más hambre de lo normal.

—Ailann, estás embarazada —le dijo el doctor felicitándola.

—¡No es posible! —contestó muy preocupada y a la vez desconcertada—. Terminé con mi novio hace seis meses.

—El embarazo puede llevar más tiempo —dijo el doctor.

—¿Por qué no estoy gorda?

—Porque no todos somos iguales —respondió el doctor—. Algunas madres desde las seis semanas ya tienen su abdomen más ancho, otras no. Tu caso no es muy común, pero ya ha pasado. ¿Hace cuánto que no tienes el período?

—Más de seis meses —respondió Ailann.

—¿Ves?, es normal que aún no se te note —dijo el doctor intentándola calmar.

La noticia de su embarazo había dejado a Ailann intranquila. No sabía qué hacer. Dejó a su ex novio porque le pegaba. No quería decirle nada a la familia. Desde que ellos se dieron cuenta que él le pegaba, le pidieron que terminara su relación. Su familia la que-

ría mucho y se preocupaban por ella. Ailann era muy unida a ellos.

El ex novio, Alan, seguía acosándola. Todos los días la molestaba en el trabajo. Le decía que volvieran, que no le volvería a pegar, pero ella ya estaba cansada de escuchar eso. Sabía que no cumpliría y por la más insignificante y mínima razón, la volvería agredir, él era demasiado violento. No le creyó nada. No le dijo que estaba embarazada. El ex novio la había amenazado. Le dijo «no voy a permitir que salgas con nadie» ella cansada de sus amenazas no le creyó. «Yo no pienso volver contigo» fue su respuesta.

Ailann no sabía cómo contarle a su mamá que estaba embarazada. En la noche su mamá, Lilly, la miró. No era normal la actitud de Ailann, estaba preocupada y no había dicho nada en toda la noche. Ella era la alegría de la casa, pero esa noche llegó a la casa y se encerró en su cuarto. Todos pensaron que se trataba de un día difícil en el trabajo.

El sobrino, Kilian, fue hasta su cuarto y le tocó la puerta. Gritó «¡tía, tía!», pero Ailann no le abrió. Kilian siguió tocando la puerta y gritaba cada vez más duro «¡tía, tía!», el hermano de Ailann, Kurt, fue y cogió al niño.

—Vamos que la tía está durmiendo.

—Hoy no hemos jugado —le respondió el niño, haciendo un gesto casi para llorar.

—La tía está muy cansada, mañana pueden jugar —le respondió—. ¿Por qué no jugamos tú y yo?

—¡Sí! —gritó el niño mientras dio un gran salto.

Al rato la mamá de Ailann, Lilly, tocó la puerta.

—Ailann ¿estás bien?

—Si mamá, estoy bien —respondió Ailann.

—¿No vas a cenar?

—No mamá. Estoy bien. Gracias.

—Bueno —respondió Lilly—, hasta mañana.

—Hasta mañana mamá.

Más tarde su mamá pasó por el cuarto y escuchó a Ailann llorar. La mamá quería tocar la puerta, pero sabía que ella no le iba a

abrir. La escuchó llorar durante mucho tiempo, pero no se atrevió a tocar la puerta. Al día siguiente fue y le llevó el desayuno, tocó la puerta.

—Ailann, ¿estás lista? —preguntó Lilly.

—Si mamá, ya salgo —le contestó.

—Ábreme la puerta —le dijo Lilly—, te traje el desayuno.

Ailann abrió la puerta, pero aún no estaba lista. Madrugaba mucho.

—Gracias mamá —le dijo Ailann.

—¿Estás bien? —preguntó Lilly.

—Sí mamá —respondió cortante.

—Anoche te escuché llorar —le dijo preocupada—, ¿es por Alan?

—No mamá —respondió Ailann algo molesta.

—¿Entonces?

Ailann no sabía qué decirle a su mamá y se quedó callada.

—¿Ailann, dime qué te sucede? —preguntó su mamá preocupada—. Siempre madrugas mucho a organizarte. Eres la primera que se baña. Eres muy positiva, pero anoche llegaste y no comiste, tienes una actitud muy extraña, siento que algo te sucede.

—¡Mamá, estoy bien! —respondió Ailann con rabia.

—Bueno —le respondió su mamá.

—Lo siento mamá —le dijo Ailann.

—Solo dime qué te sucede, yo te quiero ayudar —le dijo Lilly—. Confía en mí. ¿Es Alan?

Ailann se quedó en silencio.

—¿Te volvió a pegar? —preguntó enfadada.

—No mamá —respondió Ailann—, quiere que vuelva con él.

—¡No!, ¡No lo permitiré! —respondió enfurecida y en voz alta.

—Mamá, cálmate —le dijo Ailann—, no pienso volver con él.

Ailann le iba a contar que estaba embarazada, pero en ese momento llegó Kurt.

—¿Qué sucede aquí? —inquirió Kurt.

—Nada —respondió Ailann.

—¿Por qué los gritos? —increpó aquel de nuevo.

—No pasa nada —respondió su mamá—. Solo estamos hablando. No te preocupes, déjanos solas.

—Mamá, no pienso volver con él —respondió Ailann—. Solo que él me dijo «si no vuelves conmigo, me suicido» —Ailann se arrepintió de contarle la verdad.

—¡No le creas! ¡Te quiere manipular! —dijo alzándole la voz—, ¡no lo voy a permitir!

—Mamá, no pienso volver con él.

Otra vez apareció Kurt. Ailann se molestó y no quería decirles nada.

—Mamá no te preocupes, no pienso volver con él —le dijo mientras cerraba la puerta de su habitación.

Mientras Ailann se alistaba para ir al trabajo, escuchó a su hermano y a su mamá hablar de ella. El hermano le decía «no creo que Ailann vuelva con él». Ailann algo molesta salió de la casa, se fue al trabajo y no se despidió.

En el trabajo Ailann solo pensaba en cómo decirle a su mamá que estaba embarazada, después de ver la reacción que había tenido al saber que su ex novio le había dicho que volvieran. Se imaginaba cómo iba a ser su reacción si supiera que la había amenazado y que estaba embarazada de él. Ailann tuvo un día intranquilo, lo bueno era que no había visto a su ex novio en todo el día. Como siempre se sentía cansada, pero sabía que era normal por el embarazo.

Pasaron tres meses y Ailann no le había dicho nada a su mamá. Ailann estaba muy preocupada, Alan su ex novio la perseguía casi todos los días, pero nunca le decía nada.

Ailann podía seguir tranquila, el embarazo no se le notaba.

Cierto día salió muy tarde del trabajo, ya era de noche y estaba algo oscuro. Se iba hasta su casa caminando. Su ex novio la estaba persiguiendo. Iba muy tranquila. Ailann sentía que la estaban siguiendo. Miró atrás. No vio nada. Estaba muy oscuro. Pero Ailann comenzó a caminar más rápido. Seguía pensando que la estaban persiguiendo. Volvió a mirar atrás. Era Alan.

—¿Qué haces? —le preguntó Ailann asustada y molesta.

—Tenemos que hablar —respondió su ex novio.

—No tengo nada de qué hablar contigo —le dijo molesta, mientras daba la vuelta para seguir caminando. Él la alcanzó y le cogió la mano con fuerza. Le apretó la mano tan fuerte como lo hacía cuando le pegaba.

—Quiero que volvamos —le dijo mientras le apretaba más fuerte la mano.

—¡No quiero volver contigo!, ¡tú me pegas! —le dijo mientras intentaba soltarse la mano.

—Perdóname, nunca más volverá a pasar —argumentó y le cogió ambas manos.

—Siempre me dices lo mismo —le dijo mientras intentaba soltarse.

—Esta vez va a ser diferente.

—Siempre me dices lo mismo, además ya tengo otra persona.

Ailann al lograr soltarse las manos salió corriendo.

Un vecino alcanzó a escucharlos mientras discutían. Miró por su ventana. Los dos estaban hablando muy fuerte. Ailann se soltó las manos y salió corriendo. El señor alcanzó a ver cuando Alan sacó el arma y disparó, acabando con la vida de ella. Alan asustado guardó el arma, se dio la vuelta y se fue corriendo. Ella estaba en el suelo, la sangre le tapó, casi todo el rostro.

El señor salió, pero ya estaba muerta. Llegaron muchas personas: «¿qué pasó?», el señor conocía a Ailann y a la familia.

—La mató el novio. Estaban discutiendo, sacó un arma y la mató —explicó el señor muy asustado—. Hay que avisarle a la policía.

Llamaron a su mamá. Cuando llegó, los vecinos decían que había sido el novio. La mamá se arrodilló a llorar. Los vecinos no sabían cómo calmarla. Lilly tocaba el rostro de su hija. Les dijo «ayúdenme a llevarla al hospital» Alan le había disparado en la cabeza, todos sabían que estaba muerta. Lilly tenía sangre en toda la ropa.

Dylan fue hasta el lugar de los hechos. Los policías se acercaron al cadáver de Ailann y la revisaron.

—Fue su ex novio, Alan —dijo Lilly—. Varias personas lo vieron. Y últimamente la estaba acosando para que volviera con él.

—Vamos a ir hasta su casa —dijo Dylan.

Dylan mandó a que lo capturaran. Cuando llegaron a la casa, estaba alistando la ropa para irse. Lo capturaron y revisaron la casa. Encontraron el arma con la que había matado a la joven. Lo llevaron donde Dylan.

—¿Ibas a algún lugar? —preguntó Dylan.

—No señor.

—¿Esta arma es tuya? —preguntó Dylan.

—No señor.

—Mentir solo empeora las cosas —dijo el comisario—. Llévanselo.

El grupo de criminalística fue por el cadáver y lo llevaron hasta la Morgue y la organizaron. Como había sido un asesinato no hicieron autopsia. La metieron en el ataúd. La familia estaba muy triste, el sobrino de cuatro años la quería mucho, porque ella era la única que jugaba con él y lo consentía mucho.

La velaron hasta el otro día. La familia de Ailann estaba muy triste, en especial su mamá.

Ailann tenía el estómago inflado. Al otro día le hicieron la misa y la llevaron al cementerio. Ya tenían el hueco hecho. La tumba de Ailann iba a quedar en la última esquina del cementerio.

El perro del guardia del cementerio, estaba amarrado a su casa. Desde que vio llegar a las personas, comenzó a hacer un ruido, como si estuviera asustado. Hacía un chillido sin abrir el hocico y ladró dos veces. El guardia del cementerio lo había visto. Le parecía raro verlo tan asustado. Este seguía haciendo ruido y ladró dos veces más. Al guardia no le importó y se fue. El perro comenzó a jalar la cuerda, como si quisiera salir corriendo. Nadie le prestó atención, pero seguía chillando sin abrir el hocico.

EL CEMENTERIO

El cementerio era grande. Estaba rodeado de arbustos muy altos y unidos. La puerta era baja y de hierro, estaba un poco oxidada. Dentro del cementerio había varios árboles. Los arbustos estaban muy unidos, nadie podía pasar entre ellos. En el centro del cementerio quedaba la casa de Cedric y en una esquina quedaba la casa del perro. Todas las lápidas tenían flores. Por detrás del cementerio pasaba un riachuelo. Detrás del riachuelo había un bosque muy grande. Muchas personas trabajaban en la montaña, mineros más que todo. Había un leñador y varios cazadores.

El único leñador de toda la ciudad era un señor mayor. Había vivido toda la vida cortando madera. Era muy misterioso y de pocos amigos. Por el otro lado de la montaña había una mina. Más arriba habitaban muchos animales: lobos, ciervos... El bosque tenía mucha variedad de aves. El único que subía tan arriba era el cazador. Pero él tenía sus tiempos del año para cazar.

Las personas metieron el ataúd en el hueco. El perro estaba desesperado y comenzó a ladrar muy fuerte, el perro se movía de un lado a otro. El guardia del cementerio estaba lejos, salió corriendo hasta donde estaba el perro. Las personas comenzaron a rezar. El perro ladraba cada vez más fuerte. La mamá estaba muy triste y el sobrino, estaban llorando. El perro hacía tanto ruido que interrumpió a las personas cuando estaban rezando. El guardia del cementerio le dijo al perro «¡cállate, cállate!», aun así el perro seguía ladrando. Las personas lo miraron, no se imaginaban el porqué de su actitud. Cedric lo cogió y se lo llevó a otro lado, para que no

interrumpiera a las personas. Cedric lo amarró en un árbol detrás de la casa.

Cuando acabaron de rezar la familia esperó un momento más, la mamá de Ailann estaba muy triste. Intentaron calmarla. Empezó a llover muy fuerte y se tuvieron que ir. El guardia del cementerio fue y soltó el perro para que se metiera en su casa y no se mojara. Este salió corriendo y comenzó a sacar tierra en la tumba de Ailann. El guardia lo cogió y le dijo: «¿Qué haces perro tonto?» y volvió a amarrarlo en el árbol. El guardia del cementerio le pareció raro que hiciera eso, nunca antes había tenido esa actitud estaba demasiado extraño.

El guardia del cementerio, Cedric, era: viejo, viudo y no tenía familia. Su único amigo era Charlie, el leal perro. En los años pasados trabajó con su esposa en una granja, de uno de los ricos de la ciudad «Los Brown». Ellos casi nunca fueron a la granja.

Desde que la esposa de Cedric murió, este no sabía qué hacer. No tenía hijos ni familia. Se mantuvo solo en la granja. Dylan lo dejó ser *El guardia* del cementerio. Ese lugar se había vuelto su hogar. No le molestaba la soledad y los muertos eran su compañía. Tenía una gran amistad con el comisario, de la ciudad, era el único que lo visitaba. Cedric casi nunca salía del cementerio, estaba todos los días allí. En la ciudad muy pocas personas sabían de él antes de ser El guardia del cementerio. Todos lo conocen por su ocupación, Dylan es el único que sabía su nombre: Cedric. Lo único que hacía era echarle agua a todas las flores de los muertos y abrir las puertas del cementerio. Tenía su propio cultivo de flores y se las ponía a la tumba de su esposa.

Cedric era el único de la ciudad que no tenía miedo de vivir solo en el cementerio, escuchando el riachuelo, como chocaba el agua con las piedras, los animales que visitaban el cementerio todas las noches, los insectos y las criaturas del bosque. Para muchos, una sola noche en el cementerio era irresistible. Pero para Cedric no, ya estaba acostumbrado al silencio y al ruido de los animales.

El comisario fue a visitarlo, era una de las pocas compañías que disfrutaba Dylan. Siempre que iba, Cedric le ofrecía un delicioso té.

Ese día Dylan fue en el carro, ya era de noche. El perro estaba desesperado ladrando. Dylan se bajó de su carro y pasó la puerta por encima. Sacó su arma y miró la casa de su amigo, pensó que lo estaban robando, lo vio y se tranquilizó.

—Cedric —Dylan era la única persona que lo llamaba por su nombre.

—Comisario, ¿cómo está? —Preguntó Cedric—. Debí suponer que era usted, nadie más viene al cementerio a tan altas horas de la noche.

—¿Qué le pasa a su perro? —inquirió el recién llegado.

Tanto ruido no dejaba escuchar lo que decía Cedric.

—No lo sé. Desde esta tarde no deja de ladrar, está desesperado y no sé por qué, desde que fue enterrada la muchacha, interrumpió a las personas cuando estaban rezando e intentó hacer un hueco en su tumba.

—¿Cómo que intentó hacer un hueco? —respondió alarmado.

—Sí, lo tenía amarrado y, cuando empezó a llover, fui a soltarlo para que no se mojara. Pensé que se iba a meter a su casa, porque no le gusta casi el agua. Pero fue a sacar tierra de la nueva tumba. Fui y lo amarré de nuevo y no ha dejado de ladrar —respondió Cedric.

—¿En serio?, ¿qué lo pudo haber asustado? —continuó Dylan.

—No lo sé, estamos en un cementerio, pudo ser cualquier cosa —dijo el otro muy tranquilamente como si no le importara mucho lo del perro, a pesar de que había ladrado durante mucho rato—, mejor vamos y le doy un té.

Entraron a la casa y comenzaron a hablar. Como siempre Cedric le preguntaba todo al comisario, ya que él era muy callado. Respetaba y estimaba mucho a este último, ya que Dylan le dio el puesto que ahora tenía, aunque él era el único que era capaz de dormir en un cementerio.

Cedric le preparó té al comisario.

—Gracias —dijo Dylan—, tomarme un té después de un día de trabajo, me tranquiliza mucho.

El perro seguía ladrando. Cedric le gritó: «¡cállate perro tonto!».

—voy a revisar —dijo Dylan—. De pronto hay alguien por ahí.

—No lo creo —dijo Cedric muy seguro—, no debe de ser nada. El perro ladra algunas noches.

—Sí, pero nunca lo había escuchado ladrar durante tanto tiempo, está desesperado.

—Algunas veces sí.

Siguieron en la casa, se tomaron el té y el perro seguía. No había parado un solo segundo. Dylan se preguntaba si en verdad Cedric se preocupaba por su perro.

—Es mejor revisar, además mi carro está afuera del cementerio —dijo Dylan.

—Sí quieres, pero no veo la necesidad —comentó Cedric no quería salir de la casa.

Salió Dylan hasta la puerta del cementerio y todo parecía normal. Se devolvió y se acercó a la tumba de Ailann a ver el hueco que había hecho el perro. Al hacerlo tenía una sensación de miedo.

—¿Lo sientes? —preguntó Dylan.

—¿Qué cosa? —preguntó Cedric.

En ese momento el perro comenzó a moverse más, como si quisiera que sus dos acompañantes hicieran algo.

—Yo solo escucho mi perro —dijo el anfitrión.

—No, es diferente —dijo Dylan—. No sé cómo explicarlo.

—No lo sé —repitió Cedric—, escucho a mi perro, el riachuelo, los insectos y toda clase de aves que hay en el bosque. Escucho lo normal de todas las noches, no siento nada raro.

—Sí, tienes razón —dijo Dylan. No quería quedar mal y Cedric le había dado una explicación muy detallada y no podía pensar que fuera algo especial.

Dylan se despidió dándole las gracias por el delicioso té. Esa noche llegó a su casa y se acostó a dormir. Vivía solo. Iba al

cementerio a hablar con Cedric, porque le daba confianza y le contaba cosas importantes de su vida que a nadie más le decía. Él sabía comprenderlo. Se percataba de que Dylan no era una mala persona como muchos en la ciudad decían. Cada vez que Dylan tomaba té, tenía una buena noche. Dormía muy tranquilo, pero esa noche tuvo una de las peores. Inmerso en una pesadilla estaba corriendo detrás de alguien en el bosque, no había visto a la persona delante de él, bajaba la montaña corriendo sin parar. Cuando llegaron al cementerio encontró varias personas muertas. Cedric y su perro estaban muertos. Dos personas más también lo estaban. Dylan salió corriendo y llegó a la ciudad, encontró a todos muertos. Los señores que se sentaban en el parque de la ciudad estaban muertos, el padre de la iglesia, estaba muerto. Recorrió toda la ciudad en su auto, pero todas las personas estaban muertas. Las personas del mercado, los policías. Todos lo estaban, menos él. Dylan se despertó desesperado, era el peor sueño que había tenido. Se preocupaba mucho por la ciudad. Él era la autoridad y no quería ver a la ciudad de esa manera. Se alegró de que solo fuera una atroz fantasía. Ese día trabajó normal, ni siquiera se acordó en todo el día de la pesadilla que había tenido. En la noche el cadáver de Ailann comenzó a moverse. El perro levantó las orejas e intentó salir corriendo, el perro comenzó a jalar la cadena. Cedric se levanta de su cama y mira el perro, pero no ve a nadie. El niño comienza a moverse dentro del cadáver. El perro ya había sentido varias veces como explotaban los cadáveres. Este era diferente, no había explotado. El perro ladró toda la noche, al otro día el perro se calmó.

Lilly, fue al cementerio y le llevó flores a la tumba de su hija. Miró el perro, esa vez estaba tranquilo. Se acercó a la tumba de su hija, le puso las flores y se sentó a llorar. Pasó un rato y se fue para su casa. Cedric la miraba y sabía el dolor que ella sentía.

Lilly fue al cementerio muchos días seguidos, siempre miraba el perro. Este parecía tener una actitud extraña o era por vivir en un cementerio.

Cambió las flores y como siempre no era capaz de contener el llanto. Estaba llorando cuando escuchó llorar a alguien más. Miró a todos lados, pero solo estaba Cedric y la estaba mirando desde lejos, pero no sabía qué decirle, sabía que era un dolor muy grande perder un ser querido. Ya estaba oscureciendo. La mamá de Ailann escucha un pequeño chillido, como si fuera el de un niño. Ella se paró rápidamente del suelo. Comenzó a revisar quién había allí con ella. Cedric se le acercó.

—¿Lo sientes? —preguntó Lilly.

—¿Qué cosa? —contra preguntó Cedric.

Era lo mismo que le había preguntado Dylan.

—Ya es tarde. El cementerio es aterrador para algunos.

Lilly no sabía cómo explicarle. Tenía miedo.

—¿Por qué no descansa? Sé por lo que está pasando. Mi esposa murió hace unos años y sé lo difícil que es perder un familiar — dijo Cedric mientras le tocaba el hombro.

—Gracias —dijo Lilly con la voz baja y con los ojos encharcados de lágrimas. Cedric le había recordado porque estaba en ese lugar.

Se fue para su casa. Cedric la observó al salir. Se estaba enjugando las lágrimas.

El cuerpo de Ailann estaba empezando el proceso de putrefacción, el estómago de Ailann estaba hinchado. El cuerpo empezó a liberar líquido y aire. La placenta cubrió a Soosmet de todo el proceso de putrefacción. Soosmet comenzó a moverse fuerte. Rompió fuente. En la piel del cadáver comenzaron a abrirse poros. Soosmet sacó las manos por fuera del cadáver. Este comenzó a llorar y a moverse. El perro comenzó a ladrar de nuevo. Estaba amarrado. Ladró toda la noche, casi que seguido. Cedric estaba preocupado por él. Lo acariciaba quería saber qué era lo que le sucedía.

Cuando Lilly llegó a la casa seguía con miedo. No sabía de qué o por qué. Esperaba ver llegar a su hijo Kurt y darle un gran abrazo. En la noche ella no podía dejar de soñar; creía que aquella estaba

viva y que tenía que ir a sacarla del cementerio. Se levantó y había hecho tanto ruido mientras dormía que despertó a Kurt.

—¿Te sientes bien mamá? —inquirió Kurt.

—Sí. Solo tuve un mal sueño —respondió—, pero ya estoy bien.

En la mañana Lilly fue al mercado, compró algunas cosas para la casa y en la tarde pensaba ir al cementerio. Le había prometido a su hijo no ir al cementerio para no sufrir más, pero no era capaz. Lilly no podía dejar de pensar en ella. En ese momento vio a Cedric en el mercado. Pensó en llevar las cosas a la casa y en ir al campo santo, pero cuando llegó a la casa, Kurt ya había llegado. Lilly no dijo nada, pero él no la iba a dejar ir. Lilly pensó en los chillidos y sabía que era un engaño del cerebro y que estaba triste por perder a su hija.

Pasaron cuatro días y Kurt mantenía a Lilly vigilada. Él le había prometido acompañarla al cementerio, pero sería solo los sábados en la tarde y no todos los días. Ella tenía que seguir con su vida.

Lilly fue con Kurt al cementerio, todo parecía normal, ella seguía sintiendo miedo cuando estaba en la tumba de Ailann y no sabía por qué. Cuando se iban a ir del cementerio, Lilly volvió a escuchar a alguien llorar.

—Espera.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Nada —dijo Lilly. No quería quedar mal y pensó que era una tontería.

En la noche Lilly tuvo una pesadilla. Soñó que Ailann estaba viva, que estaba gritando y dando golpes en el ataúd. Fue tan real el sueño que pensaba ir al día siguiente y saber qué era lo que estaba pasando, quería saber si era Ailann la que estaba llorando.

En la noche el perro comenzó a ladrar muy fuerte. Era tan fuerte que despertó a Cedric. Soosmet se estaba comiendo el cadáver, este cogía lo que había en el cadáver y con la mano lo llevaba a su boca. El perro ladraba cada vez más desesperado. En la mañana Cedric revisó el perro, pero no notó nada raro.

Lilly fue al cementerio en la mañana. Kurt no se había dado cuenta. Estaba Cedric abriendo las puertas. Lilly entró hasta la tumba de Ailann y escuchaba un ruido muy bajo. Ella trataba de escuchar bien, pero no era capaz de identificar qué sonido era. Cuando lo reconoció, llegó a la conclusión que era una persona llorando. Quedó aterrada al escuchar tal susurro en la misma tumba de Ailann. No lo podía creer. No sabía a quién decirle. El perro se desesperó, daba vueltas y ladraba. Lo hacía como si quisiera decirle que había alguien vivo dentro de la tumba. Lilly estaba aterrada y sin darse cuenta su hijo había llegado al cementerio.

—Mamá ¿Qué haces acá? —Preguntó Kurt preocupado por ella—. Vamos para la casa.

—No —dijo Lilly cortante—. No pienso ir a ningún lado. ¿No lo escuchas?

—¿Qué cosa? —incredulo aquel.

—Escucha con atención —dijo Lilly.

Kurt trató de hacer lo que indicó su madre, pero el perro estaba muy intranquilo y no dejaba de hacer ruido. El sonido era muy bajo para poderlo escuchar. En cambio Lilly ya lo había escuchado y lo identificó fácilmente.

—Yo no escucho nada —dijo él.

—Escucha —dijo Lilly.

—Yo no escuché nada —dijo él—, mamá mira atrás, Kilian está preocupado. Él también sufrió por la muerte de Ailann. Tenemos que seguir adelante.

Lilly al ver a Kilian llorando se fue con ellos para la casa. Lilly pensaba en volver durante la noche y mirar qué era lo que en verdad había en la tumba. En el día Lilly no hizo nada. Tenía la esperanza de ir al cementerio en la noche.

En la noche esperó a que los dos estuvieran dormidos para poder salir de su casa a escondidas e ir nuevamente al cementerio. Kurt era minero, Lilly cogió una de las palas que Kurt tenía en casa. Al llegar miró desde afuera y el perro estaba dormido, que era lo que más le preocupaba de la situación. Lilly pasó por un camino

que había al lado externo del campo santo para pasar al bosque. Llegó hasta la tumba de Ailann, escuchó muy atentamente, pero el sonido había desaparecido. Pensó: «puede estar viva todavía».

Lilly comenzó a cavar, sabía que el ataúd estaba muy en el fondo. La tumba de Ailann quedó en la última esquina y le parecía mejor excavar por el lado del riachuelo. Puso un pie en el puente de madera, que pasaba del bosque a un lado del cementerio y el otro pie lo puso en el barranco. Comenzó a excavar con la pala, la tierra caía al riachuelo. Ella trataba de no hacer mucho ruido, pero el perro se despertó fácilmente y comenzó a ladrar, Cedric tenía el sueño algo pesado. Lilly estaba escondida, pensando que él se iba a levantar. Al ver que no se despertó con el ruido causado por el perro, siguió con su labor.

El perro no dejaba de moverse y llorar, Lilly miraba hacia el cementerio, pero no veía al perro ni a Cedric. Cada vez que miraba la casa, este parecía seguir dormido. Esto le agradó, parecía que iba a llegar hasta al ataúd y poder saber qué era lo que estaba pasando. Cuando llegó hasta el ataúd, sabía que la única manera de enterarse era rompiendo el cofre mortuorio. Comenzó a darle golpes con la pala al ataúd. Cuando la enterró por primera vez en él, metió la mano intentando dañar la madera. Logró reventar un pedazo y hacer un hueco en él. Pero ya no escuchaba a nadie. Dijo «Ailann» con una voz de susurro. Intentó mirar por dentro del ataúd. Siguió dándole golpes con la pala y logró hacer un hueco más grande. El olor que salió era horrible. Dijo de nuevo «Ailann» y en ese momento la jaloron de la cintura. Era Cedric, se levantó sin que ella se diera cuenta. Cogió a Lilly y la tenía abrazada con mucha fuerza, sin que ella se pudiera soltar. Lilly comenzó a gritar y a llorar.

—Cálmate —dijo el Cedric.

—Suéltame por favor —le dijo Lilly llorando—, está viva.

Aquel se asustó al escuchar a Lilly decir que estaba viva, la soltó.

—Está viva —dijo Lilly de nuevo—, mira.

Cedric se acercó, pero no pudo hacerlo mucho, el olor era horrible. Ni siquiera pudo mirar.

—¡Está muerta! —afirmó.

—No —dijo Lilly.

Cedric la llevó a la fuerza hasta la casa y llamó al comisario. Llamaron a Dylan para decirle lo ocurrido, al enterarse fue al cementerio. Pensaban que Lilly estaba loca y que no había logrado superar la muerte de su hija, no aceptaba la idea que ya no viviera. Ella les decía que miraran lo que había dentro. Dylan intentó mirar en el ataúd, pero el olor era tan fuerte y desagradable que no fue capaz.

Se llevaron a Lilly para la casa. Cedric tapó el hueco otra vez con tierra, pero el ataúd quedó con el hueco y la tierra quedó inestable. El perro comenzó a ladrar, esta vez estaba más ansioso. Era el único que sabía lo que sucedía. Cedric no le prestó atención al perro. El niño había estado durmiendo y por tal motivo no se le había escuchado llorar.

En la mañana todos en la ciudad sabían lo que había sucedido. Pensaban que Lilly se había vuelto loca después de la muerte de la hija. Pero ella no era la única persona que escuchaba a alguien llorar en la tumba. Otras personas que habían visitado el cementerio, también habían visto el comportamiento extraño del perro y escucharon a un bebé llorar.

Kurt fue por su mamá y la llevó a casa. Le recomendaron que le buscara ayuda, para que pudiera superar la pérdida de la hija. Él pensaba dejar la ciudad y así continuar con sus vidas. No podía permitir que su mamá siguiera sufriendo por Ailann.